

hay más musgo sobre las piedras. En las habitaciones se revuelven los rincones y rinconcillos para volver á ver un montón de cosas, que son recuerdos de la niñez, ú otros recuerdos que se han traído de otras partes; hasta las flores secas que hay por los cajones. Por allí andan también los vestidos viejos de casa que se apresura uno á recoger.

Están siempre lo mismo, desde hace una porción de años; yo encargo vivamente que no me los quiten, porque aunque no estén del todo presentables, parece que me encuentro más niño cuando los tengo puestos.

Sentado en el patio, en mi rinconcito, á la sombra, miraba á Suleima, que iba por el sol muy deprisa, como una tortuga que está llena de ocupaciones.

Y me acordaba de aquella pregunta que oí en otro tiempo, una triste tarde de Marzo.

«Dime chiquito, ¿se ha despertado la tortuga?»

Mi pobre tía, que había pronunciado esta frase, ya no está allí; en mi ausencia ha abandonado la tierra.

A mi vuelta he encontrado su gran sillón vacío, arrimado á la pared, cubierto con una funda blanca, inmaculada, como los velos que se echan sobre los muertos.

La pobre había llorado mucho, la última vez, al decirme adios,—enteramente doblada entre sus almohadones,—presintiendo que no me volvería á ver.

Su sitio en el hogar era un sitio aparte, y deja allí un vacío particular. Es algo del pasado que se ha ido; es que se han roto los lazos que teníamos con los días de otros tiempos.—Ella era una persona de otro siglo; no había ya en el mundo ninguna inteligencia contemporánea de la suya, que se hubiera conservado tan fina, tan viva y tan profunda.

Y ahora, aquella llama que tanto había durado, se ha extinguido,—ó se ha ido á arder á otra parte, á las regiones misteriosas...

Tengo el corazón muy oprimido con la partida de mi anciana tía...

La tortuga estaba hoy muy despierta.

Arrastraba vivamente su concha, en extremo pesada, sobre sus patitas que parecían pies de hipopótamo liliputiense, y andaba con la cabeza levantada mirando á derecha é izquierda.

El pasar por el empedrado ó por los guijarrillos, iba haciendo zig-zags, chocando torpemente con los tiestos, ó desapareciendo detrás de los hermosos captus de flores encarnadas.

Sin duda pensaba, al ver aquel sol tan cálido como el de su país, haber vuelto á encontrar una Argelia en miniatura.

Como yo, que cuando era muy pequeño, encontraba aquí algunos rinconcitos que me representaban el Brasil, y en los cuales llegaba hasta á sentir verdaderas impresiones y espantos de bosque virgen, en verano, cuando estaban muy frondosos y muy inundados de sol.

Mi gata *Moumoutte* se ocupaba mucho de Suleima; por jugar, la acechaba por detrás de los tiestos, saltaba de repente encima de ella, con el cuerpo inflado y la cola levantada, y daba con la pata sobre la espalda de madera de aquella camarada inferior á ella. En seguida venía á mí, mirándome como para decirme: «Créete que es gracioso este animal, aunque hace ya algunos veranos que nos conocemos, no he vuelto de la extrañeza que me causa!»

Y despues se echaba para descansar, pues parecía en extremo fatigada;—saltaba de repente con las orejas tiasas y los ojos muy abiertos cuando alguna pobre lagartijilla gris removía temerosa la yedra de las paredes...

Hace años que conozco los juegos de la gata y la tortuga, en medio de estos mismos captus; todo este pequeño mundo de animales y de plantas sigue su existencia tranquila en el hogar, mientras que yo me voy lejos, á correr y á gastar mi vida; mientras que las figuras veneradas y queridas que han rodea-

do mi infancia, desaparecen poco á poco y dejan la casa más grande y más vacía...

¡Siempre son los mismos los ruidos del verano en este patio! Los zumbidos ligeros de los moscardones, que revolotean en el aire tibio, las gallinas que alborotan en el jardín de los vecinos, y las golondrinas que cantan á voz en cuello, allá arriba, en los quiciós de las ventanas de mi cuarto.

Dios mio, ¡cómo me gusta todo esto; qué bien se está aquí, y qué fatalidad es tener este afán, que siempre me decide á volverme á marchar!...

XIV

Ayer; por la primera noche que he pasado en mi casa, tuve una pesadilla.

Durante el día entré en la habitación turca, con objeto de saludar á todos los recuerdos de un pasado muerto, que duermen allí, con las tapicerías traídas de Stambul.

Todo estaba cerrado como de costumbre, y apenas sí daba un poco de luz en todas aquellas cosas raras y exóticas. Encontré allí un aspecto de abandono, como el que hay en las habitaciones deshabita-

das y noté que aún quedaba en el aire cierto olor, propio de Turquía. Aquello era el Oriente; pero faltó de su vida y de su luz.

Verdaderamente, ¿para qué habré yo traído todo esto, y de qué servirán en mi casa estos pobres y queridos recuerdos de una época de mi existencia, que ya no puede renovarse?...

No abro nunca las ventanas para poder perder la noción del sitio en que me encuentro; y para conservar un poco la ilusión de mi verdadera vivienda turca,—la que tuve en otros tiempos,—y que daba al *Cuerno-de-Oro*.

Ayer las abrí por completo y la luz dió de lleno, siquiera una vez, sobre aquellas antigüedades, que al recibir el sol, empezaron á brillar con tonos extraordinarios de reflejos de seda y destellos de metal.

Y después, inclinándome hacia afuera, contemplé la vista melancólica que se goza desde las ventanas y que yo ya había olvidado:—jardines llenos de rosas, paredes cubiertas de yedra, y á lo lejos, la llanura compacta, sobre la cual marca el río una línea brillante.

En otro tiempo había ocupado mi tía Berta esta habitación (mucho antes de que yo me hubiese apoderado de ella para convertirla en lugar oriental). Y, como las ventanas dan al Occidente, me llamaba por las tardes, cuando era muy pequeño, para enseñarme las hermosas puestas del sol.

Yo subía entonces los escalones de cuatro en cuatro, temiendo llegar tarde, porque pasaban muy de prisa... De seguro que las puestas de sol, que se veían en aquella época por las ventanas de mi tía Berta, tenían un esplendor que ya no tienen las de hoy.

Ayer soñé que también había entrado en la habitación turca y que allí había encontrado un viejo sentado en un divan, un viejo desvanecido y medio muerto,—un viejo *que era yo*...

A nuestro alrededor las cosas, aumentadas de tamaño, tenían una magnificencia sombría, los objetos parecían siniestros, y todos aquellos dibujos del arte musulmán antiguo, semejaban simbolizar misterios.

Entonces, como durante el día, descorrí las tupidas cortinas de seda y abrí la ventana.—Entró un resplandor fantástico.—Se veían los jardines y la llanura, iluminados por el color amarillo de una extraña puesta de sol, y había en ellos algo de la desolación del Gran-Desierto.

La luz cayó también sobre la figura de aquel anciano, que indudablemente era yo, y al que yo miraba, de pie ante él, con piedad, con disgusto y con terror.

Adivinaba toda su existencia: él había seguido disipando su vida por el mundo y ahora iba a morir sólo, por no haber sabido crearse una familia. En sus ojos,—que eran los míos, apagados por los años,

—no conservaba nada de todo aquel sol que había debido ver durante su vida; tenían una expresión lánguida, desolada y maldita.

Una voz pronunció la palabra *Islám*.

—«El Islám» repitió el anciano... y parecía que todo el mundo de imágenes muertas se despertaba y se agitaba en las cenizas de su cabeza, recuerdos de Stambul, el mar azul, las armas que brillaban al sol...

Yo ya no estaba de pie delante de él. Sus pensamientos eran los míos; yo era él mismo, nos habíamos compenetrado, no éramos más que uno, y yo forcejeaba como ahogado en una especie de noche, que se espesaba cada vez más y suplicaba á unos seres, apenas bosquejados, que se inclinaban sobre mí, que me llevasen lejos de aquel país donde me moría, que me llevasen por última vez allá abajo; al Oriente, á ese país espléndido, inundado de luz y de sol.....
.....

XV

21 de Junio de 1880.

Uno de los rincones de la tierra donde yo me he encontrado siempre bien, es éste, un banco verde, don-

de en mis tiempos felices venía á hacer mis ejercicios á la sombra y á estudiar las lecciones,—con las piernas siempre por el aire, en posturas que no tenían nada de clásicas, como discípulo poco estudioso, que sueña con viajes y aventuras.

Ahora, que ya lo he visto todo, en lugar de sueños, tengo recuerdos.—Todo se parece y todo se confunde.—Y cuando estoy en este banco no sé distinguir bien unas cosas de otras.

Entre los recuerdos que me asaltan por casualidad, los hay tristes y adorados, que pasan sucesivamente y que de repente me hacen levantar las manos y retorcerlas con angustia. Desaparecen unos y otros, Dios mio, y el tiempo los va haciendo cada vez menos desgarradores. Gozo verdaderamente en mi casa, en este banco verde, á pesar de todos los entusiasmos que he sentido por otros climas y otros lugares. Nada cambia á su alrededor. Siempre están á su lado los mismos lirios amarillos, que salen, en forma de canastillo y entre piedras musgosas, de un estanque de agua fresca; y las hierbas húmedas sobre las que se posan los insectos extraviados que vienen del campo.

Más lejos, al sol, la fila de captus con sus grandes flores exóticas;—y después, siempre las mismas rosas blancas en las paredes; las mismas plantas trepando por todas partes,—más altas tal vez, más incultas, extendiéndose más á medida que la casa está más despoblada y más silenciosa.

Hace un mes de Junio delicioso; el cielo es muy puro y está muy azul. Y, sin embargo, no hay aquel esplendor del Oriente, ni aquella luz del Africa; esto es más velado, más dulce; es *otra cosa*. Y á veces siento la nostalgia de aquel hermoso sol y de aquel Baal implacable, que despide sus rayos allá lejos...

Hoy, pensando en Africa, he recordado por casualidad la imagen de Suleima.—¡Pobre saltamontes del desierto, rápidamente la he desechado de mi memoria, con una especie de pudor, pues no admito que su recuerdo venga á turbarme hasta aquí!

En aquel momento, vi pasar á mi madre adorada, con negro traje de viuda, y distinguí su dulce sonrisa. Cruzaba el patio por la sombra de una gran begoria de flores encarnadas—y desde lejos me pareció algo encorvada y con paso más indeciso. Tal vez las separaciones, las penas!... Esto me produjo una opresión inexplicable en el corazón, pensando que, en efecto, tiene ya muchos años, y calculando con inquietud cuántos años podría vivir aún, la que hoy resume todas mis afecciones en la tierra.

Y después me hice á mí mismo el formal juramento de no abandonarla, de permanecer siempre á su lado en la paz bienhechora del hogar...

Las sombras se alargaban, el sol se ponía más dorado y algunas flores se cerraban. La tarde se acercaba tibia y tranquila, mientras que las negras golondrinas, con gritos agudos y curvas vertiginoso-

sas, hacían por el aire su última caza del día, antes de que llegase la hora de los murciélagos. Yo miraba todas aquellas cosas que me eran familiares en mi infancia, con cierta melancolía dulce, como si hubiese concluido mis largos paseos por el mundo y no debiese ya perderlas nunca de vista.

...El amor que uno tiene por su madre es el único verdaderamente puro, verdaderamente inmutable; el único que no revela egoísmo, ni nada,— que no produce decepciones ni amargura, el único que da un poco de motivo para que se crea en el alma y se espere la eternidad.

.....

XVI

Todavía un año después. (Han pasado dos años desde el beso de despedida de Suleima.)

Si-Mohammed y yo corrimos á todo escape por el camino de Sidi-Ferruch á Argel.

Era en Mayo. El cielo cubierto y sombrío amenazaba con un diluvio y pusimos nuestros caballos al galope.

Ya nos acercábamos á Argel; el camino estaba lle-

no de ese gentío propio de los domingos que se volvía también por miedo á la lluvia; los marineros y los zuavos, fraternizaban en todas las tabernas, los tenderos de la calle de Bab-Asoun iban vestidos de fiesta y llenos de alegría. Nosotros cruzamos por entre aquella multitud que nos abría paso.

La tierra y la hierba que la cubría, mojadas por la lluvia de la víspera, estaban frescas y exhalaban buen olor.

A causa de la mucha gente tuvimos que andar más despacio. Los caballos hacían mil majaderías. El de Si-Mohammed saltaba; levantaba las cuatro patas á la vez haciendo mil cabriolas con las de delante, ó bien movía la cabeza de derecha á izquierda, intentando morder las botas de mi amigo, que erande cuero de Marruecos, bordado de oro.

—¡Qué malo es! decía Mohammed, tranquilo, con acento árabe. Mira, ¡qué malo es!

El mio, que era de color de ratón con larga cola, se iba para todos lados y levantaba la cabeza con mucha gracia. No lo hacía con mala intención, pero era muy joven y tenía gana de juego. Yo le dejaba entregado á su gusto y sólo me ocupaba de admirar la calma que tenía Mohammed con su gran gacela encolerizada.

Se oía el ruido de los cascos herrados, golpeando el suelo,—y el ruido—de los arneses de cuero, por los movimientos que hacía con el cuello,—y el soni-

do de los alzapaños de plata que llevaba el caballo de Mohammed colgando del petral,—y además en el camino las imprecaciones de la gente que huía y seresguardaba.

Cerca de la puerta Bad-el-Oued, el penco negro de Mohammed dió de repente un gran salto (de los que se llaman «saltos de carnero») seguido de una coz, y el jinete, despedido por encima de la cabeza de su caballo, cayó hacia adelante sobre las manos.—«No es nada, dijo;—¡pero me he manchado los guantes!»—Se quedó muy cortado delante de toda aquella gente.

Volvió á montar, ágil como un Númida. En el momento, ví salir algunas gotas de sangre por debajo de las espuelas, y el caballo se estremeció—lanzando un relincho de dolor.

—«No lloverá más, dijo Mohammed; aún tendremos tiempo de atravesar la ciudad y de ir al Jardín de Ensayo á oír la música que toca á las cuatro» —Y cruzamos Argel.

Ocurrieron dos meros incidentes: mi caballo quiso á viva fuerza entrar hacia atrás en un puesto de zuavos,—y se empeñaba en conseguirlo á pesar de que mis espuelas hacían saltar rojas gotas de sangre que manchaban su traje, color de ratón.

Son graciosas estas ideas obstinadas que tienen los

animales. Nosotros, en general, cuando intentamos hacer cualquier cosa absurda, no sabemos por qué la deseamos. Y los animales, ¿lo sabrán?...

A la mitad del camino del jardín empezó la lluvia. Primero, las enormes gotas, caían pesadamente; después muy deprisa, y fué aquella una de esas lluvias torrenciales de Africa.

—A escape tuvimos que volver grupas.

XVII

Huíamos al galope bajo el aguacero, sorprendidos por aquel diluvio: Sí—Mohammed iba enteramente encorvado sobre la silla con la cabeza baja y su elegante albornoz mojado de agua y de lodo.

Dentro de la puerta Bab Azoun, echamos pie á tierra para refugiarnos en el peristilo de un monumento público, entregando las riendas á unos trabajadores que había allí, arrimados á la pared.

—«¡Tengan VV. cuidado, que se pelean!»—exclamó Mohammed al marcharse.

Los hombres le comprendieron y tuvieron los caballos separados todo lo posible.

(Es muy conocida la costumbre que tienen los caballos árabes de reñir cuando están juntos.)

XVIII

El gran edificio nuevo, donde la lluvia nos había hecho entrar por casualidad, era el tribunal de guerra. — Estaban juzgando á una envenenadora, precedente de la zona militar del Sur.

Arriba, una galería dispuesta en forma de tribuna, dominaba la sala. Subimos allí y vimos á la acusada sentada en el banquillo. Estaba enteramente cubierta con un velo,— encogida, anonadada,—era una masa informe, en la que sólo se distinguían el albornoz y los blancos ropajes.

Los jueces eran viejos oficiales del ejército de Africa, de rostros amarillentos, lánguidos por las fatigas y la vida de guarnición.

Se leyó el acta de acusación, que estremecía.

Aquella mujer había envenenado sucesivamente á sus tres maridos, y por último, á la perra de un gran Agha.

Mohammed y yo mirábamos aquella forma blanca cargada de crímenes, y nos figurábamos, allí debajo, la fisonomía espantosa de una mujer vieja y siniestra.

El intérprete ordenó á la acusada que se levantara, y se quitara el velo.

Entonces, ella se adelantó hacia la mesa de los jueces; se despojó de su albornoz con rápido movimiento, y apareció, á la manera de Firnea, con su bello traje de árabe del Sur, el talle esbelto y la cabeza levantada...

—Yo la había adivinado antes de que descubriera su rostro. Desde que anduvo, desde que se levantó había presentido y reconocido aquel yo no se qué amado é inolvidable...

Y sin embargo, Suleima había cambiado mucho; estaba transfigurada y hermosísima. *El pequeño saltamonte del desierto* se había desarrollado de repente con aquel aire vivificante; bajo sus amplias vestiduras había adquirido el esplendor de líneas de las estatuas griegas, se había convertido en mujer formada y admirable.

Llevaba desnudos los hermosos brazos, iba cubierta de brazaletes y de collares y llevaba el voluminoso tocado de lentejuelas de metal, que usan las mujeres del interior, y que añadía á su belleza cierto misterio de ídolo.

Paseaba en torno suyo la llama insolente de sus grandes ojos negros de veinte años, mirando con aplomo á aquellos hombres, en la seguridad de ser deseada por todos ellos.

Uno de los jueces, oficial de zuavos, mientras ella

volvía la cabeza, le enviaba un beso por detras; los demás sonreían cínicamente á la acusada y los más viejos se decían muy bajo groserías de cuartel...

Yo buscaba su mirada. Al fin subió hasta mí y se detuvo: sin duda cruzó por su espíritu un recuerdo, primero vago, después ya se acordaba mejor, me reconocía... Pero qué le importaba después de todo que fuese yo ó que fuese otro; yo no podía hacer nada por ella, y aquel sentimiento que la guió una mañana á darme un beso de muchacha, acaso no le duraría dos horas... En cuanto á mí, ahora que había entre nosotros una barrera de crímenes, que ella era una cosa perdida que pertenecía á la justicia y tan inviolable como una muchacha sagrada, me llevaba hacia ella un loco pensamiento de amor.

Hasta sus crímenes la revestían á mis ojos con cierto encanto tenebroso, y el recuerdo de haberla poseído me turbaba por completo. Habiera querido decirselo á aquellos hombres que la codiciaban, hacer saber á todos que yo había conseguido su único beso verdadero, su único movimiento, un poco puro de ternura y de amor...

Ahora, ya había muerto en ella todo sentimiento humano; el vicio la dominaba por completo, y bajo aquella cubierta, todavía admirable, nada quedaba ya.

Sin embargo, cuando levantó los ojos hácia mí, me

pareció que cambaban, que había en ellos aún algo de terno, de suplicante, de casi bueno;—pero aquello pasó en el momento y cuando miraban al tribunal y á la multitud expresaban el desafío arrogante y duro.

Ningún remordimiento, ningún pudor.

Ella hablaba y el intérprete traducía:

«Sus maridos la habían arruinado, no tenía ni siquiera para comprar algo que comer con el pan de la cárcel. El último le había quitado todo el dinero y hasta su collar de tres hileras de lises de oro. El que llevaba ahora era de cobre;—y en prueba de ello, arrancaba los colgantes y se los traba á los jueces con desdén.

«En cuanto á la perra del Agha, no había nada de cierto. Toda la tribu podía decirlo: ¡se había muerto á consecuencia de una erupción propia de los perros!»...

.....
El chubasco había pasado; eran las cinco.

Tuvimos que marcharnos de allí y volver á montar á caballo. Había por la noche una comida en el palacio de Mustafá, dada por el gobernador de Argel en honor de un gran duque de Rusia, y nuestros dos uniformes estaban invitados á ella. (Si-Mohammed era capitán del 1.º de Spahis.)

Partimos muy conmovidos por lo que habíamos

visto; irritados de pensar que ella estaba á merced de aquellos oficiales y que los jueces iban acaso á hacer cortar su hermosa cabeza.

Durante la comida, los dos estuvimos distraídos,—yo muy triste. Mi pensamiento se iba á menudo desde la sala iluminada en que yo estaba, á la obscura prisión donde dormía Suleima, y toda clase de proyectos insensatos germinaron en mi cabeza...

XIX

Al día siguiente, muy de mañana, me dirigí hacia el barrio de Argel en que está la cárcel.

Aún duraba la calma deliciosa de las primeras horas del día; Baal resplandecía como un gran fuego de plata.

Como sucede generalmente, con la luz del sol había formado una idea más exacta de las situaciones y de las cosas. Sólo esperaba que yendo allá muy temprano, antes de que se levantasen los de la curia, obtendría tal vez, por medio de un procedimiento tan viejo como el mundo, permiso para verla.

Llamé á la puerta de la cárcel y afectando un tono muy natural y muy breve, me dirijí al centinela.

—Era imposible, naturalmente, ya lo había yo previsto: hubiera sido preciso dar muchos pasos, cuyo móvil nadie hubiera comprendido, y para los cuales además me faltaba el tiempo. (Partíamos al mediodía para Tunez)

Tenía deseos de ofrecer dinero á aquel hombre, había venido para eso y era llegado el momento de arriesgar este golpe decisivo. Pero ahora dudaba: por casualidad tenia cara de ser honrado... No me atreví.

Además, no había sido condenada á muerte; según él me dijo, se habían declarado las pruebas insuficientes y solo se habían atrevido á imponerle cinco años de prisión.— Evidentemente, también á los jueces les parecía hermosa.

Y la historia concluyó de la manera más tonta del mundo. Dí un luis al centinela y le dije con un tono que quise hacer sencillo y atento: «Haga V. el favor de dárselo á Suleima, y de decirle que es de parte del Boumé que le daba terrones de azucar á la puerta de un café de Orán cuando era niña.»

¡Tanto peor! Yo quería por lo menos que mi recuerdo llegase una vez hasta ella, y no encontré nada mejor que este medio tan despreciable.

Si-Mohammed me esperaba en la esquina de la pla-

za del Gobierno; nos habíamos dado cita debajo de los arcos de un gran café francés que hay allí.—Sentado á la sombra, le conté aquella salida y sonrió con ligera ironía mirando á lo lejos el azul Mediterráneo.

Iban á dar las diez. El día se anunciaba extremadamente cálido, y torbellinos de polvo comenzaban á levantarse por las calles.

Arriba brillaba Baal con un resplandor débil y pesado; el cielo se oscurecía, tomando ese color plomizo que es peculiar á los días abrumadores en que sopla el siroco del desierto.

Dieron las once, terminaron las agradables correías de Argel.—Era tiempo de partir,—tal vez para no volver nunca...

Si—Mohammed vino á acompañarme á la chalupa. Bajamos juntos por las anchas escaleras de la Marina, al muelle que estaba desierto é inundados de sol.

Y al medio día, cuando ví alejarse á Argel, tan blanco, con su gran calor, con aquel cielo oscurecido, me puse á pensar en el Gran-Desierto, al que había olvidado un poco desde hacía cinco años, á consecuencia de mis viajes posteriores. Sentía la proximidad de esa inmensa hornaza del Sahara que por detras de la ciudad y del Sahel nos enviaba su sed y su arena.—Y he aquí, que en vez de sentir ahora pena por abandonar á Suleima y á Argelia, lo que

sentía era una pena punzante por separarme del desierto; pena por Bled-el-Ateuch, el mayor y el más misterioso, de los santuarios de Baal; pena por el Sudán negro,—por aquel tiempo ya lejano en que he vivido y he sufrido allí... Y comprendo una vez más que es una locura recorrer el mundo entero, aclimatarse á todas partes, adherirse á todo, vivir cinco ó seis existencias humanas, en lugar de una sola buena, que es lo que hacen las gentes sencillas que permanecen y mueren en el rincón, siempre querido, donde sus ojos se abrieron á la luz.

XX

Suleima, la tortuga, es una persona de costumbres ordenadas que vivirá lo menos cien años.

—Las tortugas, como los reptiles, duran indefinidamente. Aún se paseará al sol por el blanco empedrado, entre los tiestos de captas con flores encarnadas, cuando dentro de mucho tiempo, la verdadera Suleima y yo, hayamos muerto;—ella en algún tugurio de prostitutas después de haber vendido y revendido su forma admirable,—y yo ¿quién sabe dónde?... Ya no habrá huella de nosotros debajo del sol, ni de nuestros cuerpos, ni de nuestras

dos almas tan diferentes, aunque un instante aproximadas por ese encanto inconsciente de los sentidos, por ese misterio extraño que constituye el amor...

Y cuando mis biznietos miren á Suleima la tortuga, correr entre las flores que produzcan los veranos de entonces, les contarán que este animal fué cogido en Argelia por uno de su abuelos, por un ascendiente desconocido.

Con seguridad, ellos no lograrán representarse esta captura hecha en invierno, en la montaña de Orán, en un oscuro día de viento y lluvia, en medio de florestas delicadas.

¡Y el abuelo aparecerá también ante ellos cubierto por extrañas tintas de leyenda!...

XXI

Esos niños del porvenir encontrarán escrita aquí, casi por completo, la sencilla historia del abuelo y la tortuga...

FIN